



ANO I

← BARCELONA 17 DE SETIEMBRE DE 1882 →

NÚM. 38



J. Portaels
Londres

JUDIA DE TANGER, por J. F. Portaels

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—EL MARTIRIO DE LA GLORIA (*Novela de telon adentro*), continuación, por D. Enrique Perez Escribá.—LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRIA (*Leyenda*), por D. Cecilio Navarro.—NOTICIAS GEOGRAFICAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *La inmortalidad del sol* (III y último), por D. José Echegaray.

GRABADOS.—JUDÍA DE TÁNGER, por J. F. Portaels.—EL PERRO DESOBEDIENTE, por A. Kaudnitz.—PAISAJE, por F. Urgellés.—PEQUEÑA MENDIGA, estatua en yeso, por Felice Villani.—LA MADEJA SE ENREDA, copia de un cuadro de A. Moradei.—Lámina suelta.—EMPEÑO DE HONRA, por M. Schmid.

LA SEMANA EN EL CARTEL

Al movimiento de descentralización literaria-teatral iniciado por Cataluña hace poco menos de veinte años, acaba de unirse Galicia, el hermoso país de las rías, cuna, por decirlo así, del idioma nacional. Algunos poetas líricos, entre los cuales ocupará siempre un lugar muy distinguido doña Rosalía Castro de Murguía, habían moldeado sus inspiraciones en aquel dulce y apacible dialecto; faltaba empero llevarlo del libro a la escena, y esta atrevida empresa acaba de realizarla el señor D. F. de la Iglesia con su excelente drama *A fonte do xuramento* (La fuente del juramento) representado con éxito muy plausible en el Teatro del Liceo brigantino de la Coruña por una compañía de aficionados entusiastas.

¿Se habrán echado con esta obrilla, hermoso cuadro de costumbres gallegas, no exento de originalidad ni de interés, los cimientos de un nuevo teatro provincial? No lo sentiríamos nosotros, que admitimos de buen grado la expresión de la belleza donde quiera que se presente y sea cual fuere la forma de que aparezca revestida. Tanto más rica será la literatura nacional, cuanto más variadas sean sus manifestaciones. En materias literarias la autonomía provincial no sólo es legítima, sino también digna de encomio, pues así como los celajes y las perspectivas de una comarca tienen notas típicas y perfiles característicos que halagan al pintor experto y cautivan al amateur inteligente, así los idiomas y los dialectos poseen una expresión y un colorido especial que se prestan, con indiscutible ventaja sobre cualquier otro medio, a la pintura de las costumbres y de los tipos de un país determinado. El arte no es, no será nunca la uniformidad niveladora que todo lo sujeta a estrecha pauta, sino la libre y expansiva expresión de lo bello, reflejo de la múltiple e infinita variedad de la naturaleza.

Méjor afortunada que Galicia ha sido Cataluña durante la última semana. *La dona d'aygua*, parto de dos inteligentes autores, ha sido, según feliz expresión de un periódico satírico, no *mujer de agua*, como aquellos pretendían, sino *mujer al agua*. Tendamos caritativamente el velo del olvido sobre tan desdichado engendro.

En el Teatro de Recoletos de la corte, el poeta Marquina ha dado a la escena con el título de *Palabra de aragonés* un bonito cuadro de costumbres con caracteres bien dibujados, abundantes chistes y una versificación vigorosa y fácil.

Algunos teatros de invierno han comenzado sus tareas y los demás se disponen a imitarles. Es cierto que las novedades escasean; pero en cambio los anuncios son bastante tentadores. La *Zarzuela* cuenta, entre otras, con una producción del popular Barbieri titulada *La sotana y el manto*; el Español con un drama de Valentin Gomez *El celoso de sí mismo* y otro de Echegaray, de costumbres contemporáneas, que lleva el título de *Crueldades del deber*; y Apolo tiene en cartera un drama de Leopoldo Cano *La moderna idolatría*, y otro de Valdivia *La muralla de hielo*. La atracción del Teatro Real será sin duda la representación de *Mefistófeles* cantado por la Theodorini y por Masini y Nanetti y ensayado y dirigido, a lo que parece, por su joven autor Arrigo Boito. Tales son las novedades que se anuncian.

En Adria (Italia) acaba de estrenarse una ópera del maestro Villafiorita, titulada *Jolanda*. Es una producción agradable que ha tenido un éxito muy satisfactorio, á juzgar por los telegramas recibidos de aquel punto. De ella nos ocuparemos con mayor extensión, al recibir más amplios detalles.

El maestro Verdi, retirado á su pueblo natal, comparte sus tareas agrícolas con la confección de su nueva partitura *Otello* y con la refundición de su *Don Carlo*. Es esta última una de sus obras menos populares, y el célebre maestro propónese hacerle recorrer el florido sendero de *Aida* y tantas otras, á un trueque de suprimir un acto entero y de cambiar por completo gran número de pasajes. No cabe desconocer que al maestro Verdi sobranle medios para realizar su propósito, que es, después de todo, destello de cariño hacia un hijo de su genio, que no por mal comprendido deja por eso de ser muy estimable.

También los primeros teatros de Londres han abierto nuevamente sus puertas, algunos para poner las mismas obras con que las cerraron, y otros dando á conocer producciones francesas mejor ó peor aderezadas, según el gusto de los paladares británicos.

Que los ingleses son excéntricos sábelo todo el mundo, incluso los moradores de Alejandría; no es, pues, de extrañar que en la misma metrópoli se sucedan las mayores extravagancias. Por el momento se anuncia la aparición de una *troupe* javanesa, compuesta de cuarenta hombres y cuatro mujeres, que tocan las más extra-

ñas melodías con instrumentos especiales á usanza de aquel lejano país. Y cual si esto no bastara, en breve empezará sus funciones una compañía de ópera cómica, procedente de los Estados Unidos, compuesta exclusivamente de mujeres: actores, músicos y hasta el director de orquesta pertenecen al sexo femenino.

¿Y pensar que Europa envía sus mejores artistas á la República americana, para recibir de allí tamañas originalidades!

Con la 17.^a representación han terminado en Bayreuth las del *Parsifal*, y digan lo que quieran los detractores de Wagner, esas funciones se han contado por triunfos, reportando á las gavetas de la empresa un considerable beneficio. Todas ellas se han visto concurridas en extremo, habiendo afluido á la corte de Wagner filarmónicos de todas las partes del mundo. ¿Qué otro compositor puede envanecerse de haber suscitado tamaño interés?

En París han comenzado los estrenos.

Una picaresca comedia que dejó por concluir Teodoro Barrière y que debe su última mano á Gondinet, uno de los autores modernos más divertidos, interminable sucesión de equívocos y gracejos, ha hecho desternillar de risa al público del *Vaudévillo*. Titúlase esta producción *Tête de linotte*, y sin duda figurará durante mucho tiempo en los carteles.

Lydie, episodio de una de las más populares novelas de Balzac, torpemente hilvanado por M. Miral, fué recibido con desagrado en el Teatro de las Naciones.

En cambio, en el drama *Le mariage d'André*, puesto en el Odeon, se han revelado dos nuevos autores, MM. Lemaire y De Rouvre, jóvenes ambos, y á fuer de tales atrevidos hasta la temeridad, hasta la imprudencia. Sostenía Dumas un día que era sumamente fácil dar con grandes situaciones dramáticas, y que lo difícil estribaba en desenlazarlas, citando el ejemplo de dos jóvenes recién casados, que el día de la boda se encuentran con que son hermanos. ¿Cómo desenredar esta situación por todo extremo interesante? Los autores de *Le mariage d'André* han dado con la solución, monstruosa sí, pero que revela un buen caudal de ingenio. Andrés es el hijo natural del padre de su novia Adriana: lo averigua pocos momentos después de la boda; ¿cómo cortar el espantoso nudo? Los autores se valen de la confesión de la madre de Adriana: ella también faltó á sus deberes conyugales, y Adriana no es hija del padre de Andrés. El adulterio redimiendo el incesto: confesemos que el medio es asaz repugnante. Pero los autores son noveles, sienten el teatro, saben interesar y el público les absolvió con sus aplausos.

No todos los actores toman la escena por campo de sus trabajos. Una desgraciada actriz de la *Comedia francesa*, Mlle. Feyghine, rusa de nacimiento, joven y hermosa, que debutó con éxito escaso la última primavera y aceptó luego los frívolos galanteos de un almirante duque, ha puesto fin á sus días de la manera más novellesca, disparándose un pistoletazo en el pecho en presencia de su amante. Los periódicos de París no hablan estos días de otra cosa. ¡Deplorable suceso y más deplorable costumbre la de la prensa parisiense!

La muerte, trabajadora infatigable, se ha cebado en algunos hombres de mérito que ilustraban la música y el teatro. Cuéntanse entre las víctimas el notable actor ruso Teodoro Bourdine, feliz intérprete de un sin fin de papeles y una de las columnas más firmes del teatro moscovita; Edmundo Membrée, compositor francés, autor de *L'Esclave*, *François Villon* y otras óperas bien recibidas, y finalmente, el compositor alemán Carlos Vosz, que dió á luz más de trescientas piezas para piano, algunas como la titulada *La Pluie de perles*, tan populares que figuran en el repertorio de casi todos los pianistas de ambos hemisferios. Descansen en paz.

Y librenos Dios de dejar á nuestros estimadísimos lectores bajo la triste impresión de la muerte, pasando como pasan aún en el mundo cosas divertidas.

Verbigracia, la salida de cierto empresario alemán de un teatro de provincia, que al disponer la representación de la ópera *Fausto* y no teniendo á mano la rueda ni el torno que ha de manejar la poética Margarita en el tercer acto, concibió al empezar la función una idea luminosa que se apresuró á poner en práctica.

Figúrese el lector qué cara pondría la *prima donna* cuando fué á cantar la lánguida balada del Rey de Thule y se encontró delante de su asiento, en vez del torno, con ¡una máquina de coser!

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

JUDIA DE TÁNGER, por J. F. Portaels

La mujer judía es generalmente hermosa, á menudo rica, frecuentemente buena, por lo común discreta; pero tiene, á los ojos de los más, un grandísimo defecto, el de ser judía. Su severa belleza lleva impreso el sello de una raza proscrita; su dote se supone casi siempre producto de la avaricia de un padre sin entrañas; su bondad es calificada de hipocresía y hasta su discreción es atribuida á malas artes ó aplicada á nada buenos intentos. La judía de Tánger, con formar parte de un pueblo que dista mucho de pertenecer á los más cultos, no goza de mayor consideración, ni es tratada con más respeto. De aquí el carácter del pueblo judío: á fuerza de aislamiento, ha de-

bido formar una raza aparte; á puro ser despreciado, ha tenido que vengarse de tanto desprecio; odiado por todos, á todos ha venido envolviendo en un mismo odio. ¿Tiene explicación esa iniquia, ese estigma impreso sobre la frente de todo un pueblo, aun por otros pueblos al parecer más degradados? ¿Se comprende que hasta la mujer turca, la *cosa*, el instrumento de placer de su dueño, se crea superior á la mujer judía? ¿Pesará aún, con efecto, la maldición altísima sobre los hijos de los hijos de aquellos que pusieron la mano impía en el divino cuerpo del Nazareno?... La civilización progresa y cunde, las costumbres se suavizan, la tolerancia se propaga; y sin embargo, el judío es siempre la yerba que el pie aplasta, cuando el hierro no la arranca de la tierra, que generosamente la produjo al lado de la humilde violeta y del laurel pomposo.... No es extraño, por lo mismo, que la hermosa judía de nuestro grabado revele cierta tristeza impropia de su juventud y de sus galas: el desprecio de las gentes es una herida que va recta al corazón.

EL PERRO DESOBEDIENTE, por A. Kaudnitz

—Señor perro,—parece decir la hermosa joven de este cuadro,—es V. un haragan y un desaplicado.... ¿Olvida V. que cuando yo dejo caer el guante, la obligación de V. es recogermelo y hacer entrega de él con toda la galantería de que es capaz un perro de buena familia? ¿No se hace V. cargo de que muchos y muchos galanes se darían por muy satisfechos con que pudieran ponerse en lugar de V.? Yo le educo y le acaricio y le tolero á V. muchas impertinencias suponiendo que ha de ser V. agradecido y dócil á mis mandatos; pero si persiste V. en su desobediencia y corresponde á mis caprichos con obras de perro, me verá precisada á tratarle como tal y regalarle á la cuadra ó á la portería. Con que, téngalo V. entendido y cuenta con otra.

—Señorita, los perros, no por ser perros dejan de tener ojos que ven y algo que Vds. llaman corazón y siente. Si la mano que arroja el guante fuera menos bella, yo viera el guante y no la mano; si su rostro de V. fuera menos agraciado cuando de mí se queja, yo atendería á la queja y no al rostro; si en lugar de dejar caer sobre mí cariñosas frases, dejara caer una tanda de latigazos, yo cuidara del látigo y no me embelesarían las palabras.

Este inverosímil diálogo, que puede prolongarse hasta lo infinito, da una idea exacta del argumento de este precioso cuadro.

PAISAJE, por F. Urgellés

Acerca de los pintores de paisaje hay una opinión de todo punto infundada. Creen algunos profanos al arte que cabe ser un buen paisajista reproduciendo fielmente en colores sobre tela uno ú otro de los mil cuadros que la naturaleza, esa artista sin rival, expone constantemente en la galería del mundo. En esta aparente verdad hay un verdadero error. Si la misión del paisajista se redujese á reproducir servilmente la naturaleza, ninguno como la máquina fotográfica debiera titularse artista. No; el arte pictórico no consiste en la servil reproducción; donde no hay algo del genio, donde falta el *quid divinum* que se traspareta en un buen cuadro, como el *quid divinum* se traspareta en la creación, no hay belleza, no hay poesía; hay, á lo sumo, líneas y colores, que por sí solos, no son pintura. Para reproducir artísticamente á la naturaleza hay que sentirla poéticamente, como la sintió Virgilio; hay que comprender el lenguaje misterioso de los vientos y de los arroyos, el enigma de los perfumes y de las hojas, el secreto de la luz y de las sombras.

Urgellés ha recorrido el campo y penetrado en el bosque; ha pasado muchas horas soñando al borde de las corrientes cristalinas y se ha arrobado en la contemplación de los horizontes tras de los cuales nos formamos la idea de que existe el más allá de nuestra existencia. Hé aquí porqué de su paleta salen paisajes encantadores, entre ellos el que hoy tenemos el gusto de publicar en nuestro periódico.

PEQUEÑA MENDIGA, estatua en yeso por Felice Villani

Hé aquí una composición por demás sobria y hermosa: la expresión de la tierna mendiga lleva un sello en el que resplandece una belleza melancólica y suave: no podría expresarse con más sencillez la personificación de la infancia desvalida; pues si en el cuerpo de la niña se revela la dejadez y abandono de una vida vagabunda y miserable, en su frente meditabunda y en su mirada absorta se vislumbran las tristes previsiones de un porvenir oscuro y trabajos.

LA MADEJA SE ENREDA, copia de un cuadro de Arturo Moradei

¿Qué diantre habrá dicho ese joven de picaresco semblante á esa muchacha de agraciado rostro? Desde luego puede afirmarse que cuando ella se oculta para disimular el acceso de risa que la acomete, la cosa dicha no es para oída de una muchacha honesta. La risa inocente no tiene por qué esconderse, y estamos seguros de que si pudiéramos examinar el original de este cuadro, nos hallaríamos con que la púrpura del rubor tiñe las mejillas de la rapaza. ¿Se habrá propasado á mayores su compañero? No sería difícil que la misma actitud que guardaba y guarda junto á la lista devanadora, le hubiera inspirado la idea de cerrar los abiertos brazos y aprisionar entre ellos el talle de la moza; lo cual ¡pese á la moralidad privada! no parece haberla sabido del todo á ofensa. No es de extrañar, por lo mismo, que la madeja se haya enre-

dado y que cuelguen de ella varios cabos sueltos: lo difícil será atar esos cabos, si no se restablece el orden.

Por lo demás, este precioso cuadro, de correctísimo dibujo, respira vida, juventud, frescura. Pocas veces el sentimiento que domina en los personajes ha sido puesto de relieve de una manera más tangible; pocas, poquísimas veces ha estado tan feliz un artista confiando á la risa la expresion del estado de ánimo de sus personajes. Los del cuadro de Moradei rien que es una bendicion.... No permita Dios que la madeja acabe de enredarse y que las risas de hoy sean el prólogo obligado de las lágrimas de mañana!.....

EMPEÑO DE HONRA, cuadro de M. Schmid

No hay como la dueña de la posada del Cuervo para aderezar un pisto, ni tampoco quien con más gentileza sirva el pienso á una caballería, ni quien con tanta seguridad lleve en cada mano mayor número de vasos de cerveza. Joven y no fea por cierto, lo mismo permite á un huésped cualquier inocente chicleo, que á puño cerrado contiene los desmanes de los licenciosos. Quiere decir, que la posadera lo mismo sirve para un barrido que para un fregado. Llega el día de la fiesta y ármase una partida de bolos, cuyo premio es un hermoso cordeiro que está diciendo ¡comedme!... Pues ya tenemos á la posadera terciando en la partida y batiéndose con los primeros jugadores del pueblo. Los circunstantes se interesan en los lances de la contienda y sin perder la gravedad alemana, que ántes se perdiera la de la tierra, demuestran claramente el extraño efecto que les causa el empeño de la garrida moza. Esta, mientras tanto, no parece grandemente afectada por la general atencion de que es objeto, y con un aplomo y hasta indiferencia que demuestra la tranquilidad de su espíritu, disputa á los más diestros el apetecido premio. Es cuestion de honra; en todo y por todo la posadera quiere llevarse la palma; la cocina y la plaza pública han de ser teatro indistinto de sus triunfos; y aunque sea el laurel del boliche aspira á ceñirlo á todo trance.

Tal es el asunto del cuadro que publicamos en nuestro *Album*, asunto ejecutado con una verdad irreprochable y una gracia que lo avalora á los ojos de todo buen amorador del arte.

EL MARTIRIO DE LA GLORIA

(Continuación)

CAPITULO QUINTO

UNA MADRE

Angela pidió el carruaje para las diez, se vistió con refinado esmero y se dijo:

—Ha llegado la hora de que la madre, olvidándolo todo, hasta su honra si es preciso, intente el supremo recurso para salvar á su hija.

Y subiendo en el coche, dijo:

—Calle de Atocha, casa del señor duque de Monte-escueto.

El duque de Monte-escueto se habia levantado á su hora acostumbrada, pero más alegre que otros días.

Esta alegría era natural, lógica, tratándose de un cortesano como el señor duque, porque en la recepcion que habia tenido lugar la noche ántes en palacio, la reina de España le habia concedido el alto honor de bailar con él un rigodon y decirle en voz baja y cariñoso acento:

—Duque, ya puedes ir preparando los regalos de boda para tu hijo y para tu nuera, porque en cuanto venga el mes de abril los caso; la luna de miel es más agradable en esa época de los perfumes y de las flores; luégo me los llevaré á las jornadas de Aranjuez y de la Granja, porque hasta que no consigamos hacer de Octavio un embajador, quiero que estén á mi servicio.

Es preciso ser cortesano de pura sangre para comprender la importancia y el efecto de las anteriores palabras.

El duque se retiró de palacio muy contento, y como la alegría es expansiva, al levantarse le refirió á su ayuda de cámara todas las bondades que habia tenido con él su soberana.

A las diez y media terminó su *toilette* (subrayamos esta palabra francesa á pesar de haberla admitido la Academia).

Cuando el duque terminó el aseo de su persona, ó como decian ántes, su tocado, ya se disponia á matar el tiempo leyendo los periódicos hasta que le llamaran á almorzar, cuando entró un criado á anunciarle que una señora deseaba verle.

El duque habia sido muy galante con las señoras y conservaba siempre un buen recuerdo de todas aquellas con quienes habia tenido íntimas relaciones.

En sus mocedades, el duque habia adquirido la fama de espléndido, entre esas pobres muchachas que por satisfacer sus deseos de lujo se prestan á entretener agradablemente el ocio de los ricos. Aun siendo viejo, siempre que alguna de sus antiguas queridas le pedía su proteccion, se hallaba

dispuesto á darla un buen consejo y un billete del Banco de España, como una recompensa de los tiempos pasados.

El duque dió orden para que entrara la señora que deseaba verle, y se levantó de su butaca dispuesto á recibirla como cumple á un caballero que no olvida nunca las leyes de la galantería.

Angela, con el velo del sombrero echado sobre el rostro, se presentó en la puerta del gabinete.

El duque hizo una seña al criado para que se retirara.

Al viejo aristócrata le bastó una mirada para comprender que tenia delante á una dama distinguida; aquel traje negro, de un gusto, de una elegancia irreprochable, aquella figura esbelta le indicaban claramente que aquella mujer no pertenecía á la clase vulgar de la sociedad.

El duque saludó con una ligera inclinacion de cabeza, y entónces Angela se levantó el velo.

Todo el mundo conocia en Madrid á su actriz favorita; el duque se conmovió al verla.

Angela era una mujer que se hallaba en toda la fuerza de su hermosura, y aquella mañana, como obedeciendo á un resto de coquetería, Angela se hallaba más bella que nunca.

—¿Usted en mi casa, señora?—dijo el duque saliendo al encuentro de la actriz y cogiéndola una mano para conducirla al sofá.

—Señor duque, vengo á pedirle á V. la vida de mi hija, de mi pobre María que se muere.

Y Angela, al decir esto, cayó de rodillas á los piés del duque y le besó las manos humedeciéndolas con sus lágrimas.

Este principio reveló al anciano aristócrata el profundo dolor de aquella madre, y levantándola del suelo, la condujo hasta el sofá, diciéndola con acento verdaderamente conmovido:

—Vamos, señora, tranquilícese V.; ¿qué pasa?

Esta pregunta fué una esperanza para Angela; habia notado que la voz del duque se conmovia, luego se interesaba por ella.

—Tengo una hija, señor duque, una hija á quien amo con toda mi alma; ella es el único lazo que me une á la vida, ella es mi tesoro, mi alegría, mi encanto; por ella dejaría que arrancaran á pedazos la carne que cubre mis huesos; esta hija se muere, está muy enferma; es una pobre flor que se dobla, que se marchita; una débil avechilla que plega las alas para morir; un hombre puede darla la vida, la lozanía que la falta; ese hombre es Vd., es el noble duque de Monte-escueto, es el noble caballero que tengo delante y á quien vengo á pedirle que salve á mi hija.

—¡Yo, señora!—contestó el anciano, reponiéndose y recordando que aquella mujer era una gran artista, y tal vez estaba representando una comedia.

—Usted, señor duque, V. sólo; salve V. á mi hija y yo me ofrezco á ser su esclava; salve V. á mi hija, y yo, que durante veinte años de mi vida, yo que he tenido el honor en más que la existencia, yo que he sabido conservar en el teatro la pureza de mi alma y de mi cuerpo, si V. salva á mi hija le ofrezco desde este instante no tener más voluntad que la suya, ni hacer otra cosa que aquello que me imponga y mande el duque de Monte-escueto.

El anciano aristócrata miró con recelo á la actriz, pues cometié la vulgaridad de creer que aquello era una farsa.

Esta opinion vulgar es una de las desgracias que acompañan á las mujeres de teatro.

—Sepamos qué es lo que yo puedo hacer para salvar á esa niña que se muere y á quien yo no conozco.

Angela comprendió la importancia de las palabras que iba á contestar, pero no vaciló en decir las.

—La salvacion de mi hija, señor duque, consiste en que V. dé su consentimiento para que el conde de Valaoz pueda casarse con ella.

Una sonrisa desdeñosa asomó á los labios del anciano.

—¿Y esa niña enferma,—dijo,—esa sensitiva moribunda recibirá la salud casándose con mi hijo?

—Es el único remedio que puede salvarla; yo comprendo que á V., señor duque, parecerá esto extraño, atrevido, tal vez ambicioso; pero yo soy una madre agobiada bajo el peso de los dolores, veo que mi hija se muere porque ama á Octavio, y Octavio está léjos y Octavio no puede decirle: «te amo,» porque su padre le ha prohibido ese amor y él, hijo obediente, respeta la prohibicion de su padre aunque le despedace el alma.

—¿Y son los médicos los que han dicho que la salvacion de esa niña consiste en que autorice yo á mi hijo para casarse con ella?

—Lo digo yo que veo más que la ciencia en la enfermedad de mi hija.

—Pues bien, señora, yo tengo no sé si la desgracia ó la fortuna de pertenecer á esa raza de hombres que no creen, que no han creído nunca que nadie se pueda morir de amor, y aunque deploro el triste estado de esa pobre jóven, que no conozco, pero que compadezco de todo corazon, ya comprenderá V., señora, que ni puedo ni debo sacrificar el porvenir de mi hijo uniéndole á una mujer, todo lo bella, todo lo pura, todo lo santa que V. quiera, pero que se halla muy distante del heredero del duque de Monte-escueto. Además, S. M. la reina se ha dignado elegir entre las damas de la corte una jóven, la duquesa del Radio, para esposa de mi hijo Octavio: anoche la reina me indicó que eran sus deseos que este matrimonio se efectuara en el próximo mes de abril. Los deseos de mi soberana son para mí órdenes inapelables: me veo por lo tanto, imposibilitado de acceder á las súplicas de V. que no quiero calificar respetando su dolor.

Las últimas palabras del duque causaron un daño terrible á la actriz.

—Yo quisiera,—añadió Angela conteniéndose,— poder expresar á V. lo que pasa en mi alma; hacerle ver las tétricas sombras que cruzan por mi pensamiento; sé que mi peticion es absurda, ridícula, hasta insolente. ¿Quién es mi hija para aspirar, ni áun en sueños, á ser la esposa del noble heredero del ilustre duque de Monte-escueto?... ¿Cómo es posible que una pobre muchacha hija de una cómica, se atreva á pretender nada ménos que á llamarse condesa de Valaoz?... Esto no puede escucharse sin que una carcajada asome á los labios, sin que se tenga por una pretension ridícula.... todo.... todo lo que V. pueda decirme me lo he dicho yo muchas veces de antemano. Pero mi hija ama á Octavio, es su primer amor, le ama, y aunque V. no lo crea, señor duque, mi hija es bastante tonta, bastante simple para morirse de amor, y así como V. no concibe ni puede dar crédito á esa afeccion del alma que mata, tampoco creerá que mi hija ama á Octavio, no porque sea hoy conde de Valaoz y mañana duque de Monte-escueto, no porque pertenece á la primera nobleza de España y es poseedor de una inmensa fortuna, sino porque es Octavio, porque es el hombre que Dios ó la fatalidad ha puesto ante su paso para que se apederaese de su corazon; le amaría aunque fuese un mendigo, moriría por él aunque fuese un criminal repugnante rechazado por la sociedad y perseguido por las leyes.

Y Angela exhalando uno de esos gritos que por ser hijos del alma, sólo con el alma pueden expresarse, añadió:

—¡Ah! dichosa yo si Octavio fuese pobre, dichosa yo si pudiera decirle: «Ama á mi hija y dispon de las economías que su madre ha podido reunir en veinte años de trabajo.» Si V. no comprende esto, tanto peor para V. señor duque.

El anciano aristócrata habia escuchado con estoicismo, con una frialdad impropia de las circunstancias las inspiradas palabras de la actriz.

—Una madre,—añadió Angela,—cuando se trata de salvar á su hija, no retrocede ni ante peligros ni ante obstáculos; tengo en mi abono para escudar en parte lo que V. llamará absurdas pretensiones el amor puro, desinteresado que Octavio siente por mi hija; la ama porque la conoce; sabe que es un ángel que con su amor y su ternura rodearía de felicidad su existencia; pero Octavio, para caer á los piés de María y llamarla su esposa, necesita ántes el consentimiento de su padre y no es posible que el noble duque de Monte-escueto, no es posible que el ilustre anciano que no tiene sobre la tierra más lazos que su hijo, le sentencie á la desesperacion por el resto de sus días.

—Imposible, imposible,—exclamó el duque á quien aquella escena comenzaba á disgustar.

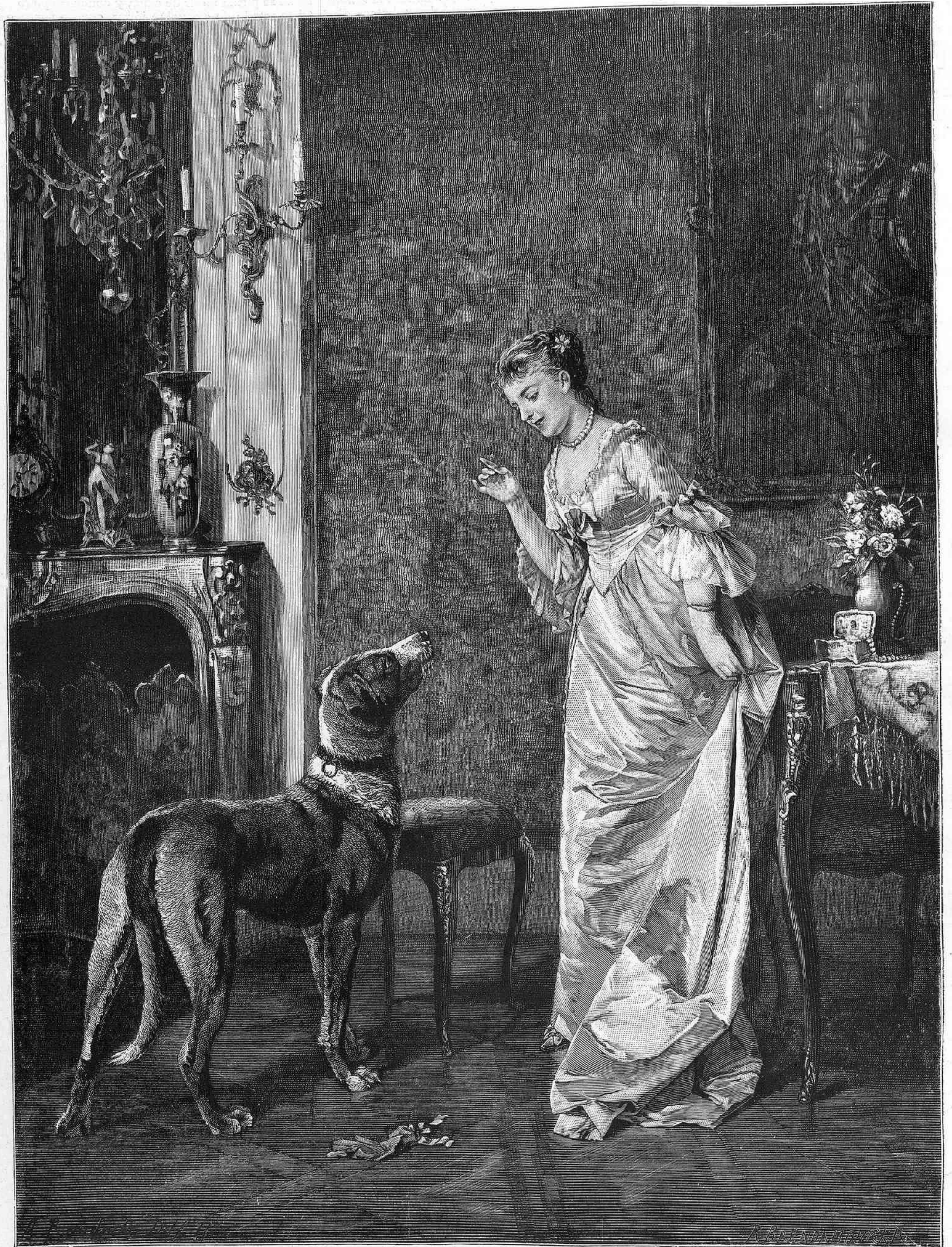
Angela cayó postrada á los piés del anciano y con los ojos llenos de lágrimas y el acento suplicante, se abrazó á sus rodillas, exclamando:

—¡Oh! no puedo creer, no puedo creer que el corazon de un noble sea tan duro que permanezca empedernido ante las dolorosas súplicas de una madre. Mi hija se muere, señor, mi hija se muere y V. puede salvarla con una palabra; pronuncie V. esa palabra y luégo disponga V. de mí á su antojo, será su esclava, su manceba, mi cuerpo servirá de alfombra á los piés del duque de Monte-escueto; insultaré al público desde la escena si así me lo manda, me hundiré un puñal en el corazon si me lo ordena; una palabra, una palabra señor duque; no es posible que un padre deje sin consuelo á una madre que ve morir á su hija.

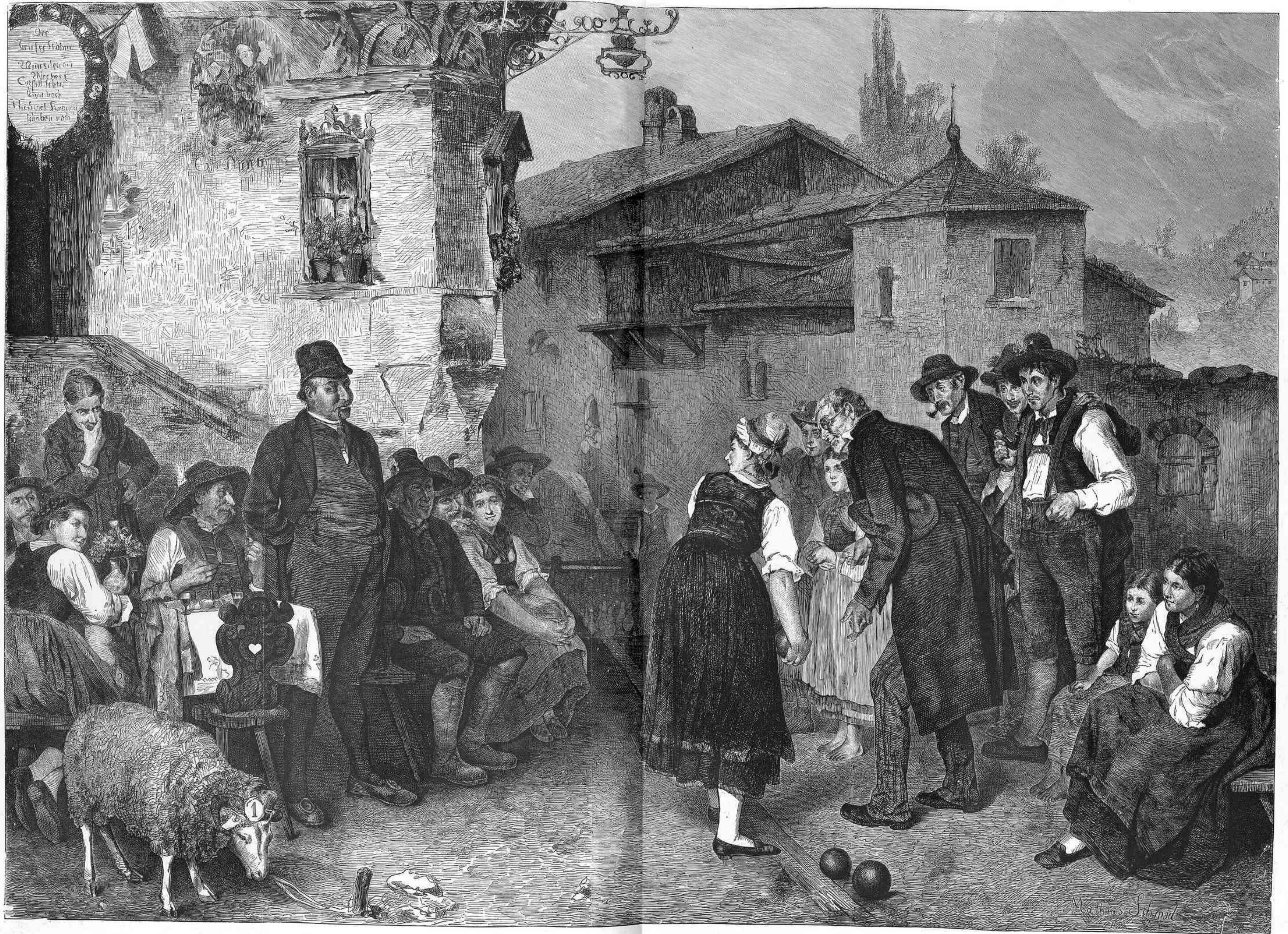
—Imposible, señora, imposible; yo no puedo faltar á mi palabra y jamás daré mi consentimiento para un enlace de esa naturaleza.

—¿Pero no ha oido V., señor, que mi hija se muere?

Angela pronunció esta frase de un modo que el



EL PERRO DESOBEDIENTE, por A. Kaudnitz



EMPEÑO DE HONRA, (CUADRO DE MATÍAS SCHMID)



PAISAJE, por F. Urgellés

duque se irguió como si hubiese escuchado una amenaza.

—Acabemos, señora; no puedo acceder á sus súplicas.

—¿De modo que mata V. la última esperanza de una madre? ¿que mis súplicas, mi humillacion, todos los ofrecimientos que mi alma ha hecho asomar á mi boca no han logrado conmovier ni una sola fibra del corazon del noble duque de Monte-escueto?

—Señora, ruego á V. que termine esta entrevista.

—Sí, va á concluir, señor duque,—añadió Angela enjugándose las lágrimas y fijando en el anciano una de esas miradas que tienen algo de muerte,—la nobleza no existe sólo en los pergaminos ni en los escudos que la vanidad coloca sobre los umbrales de una puerta; yo no he solicitado nunca la amistad del noble conde de Valaoz; él solicitó la mía y buscó persona que le presentara á la actriz, ¡ah! maldita la hora en que yo estreché la mano del noble hijo del duque de Monte-escueto! Yo debí comprender que Octavio era de otra raza que la mía, pero ya es demasiado tarde; hoy mi pobre hija se halla luchando entre la vida y la muerte, víctima de la debilidad de un hijo y de la dureza incomprendible de un padre, pues Octavio es débil y sacrifica su felicidad, temeroso de que V., señor duque, lleve á cabo un juramento inexplicable. Nada espero, sé que es inútil suplicar más, pero dígame V. bien, señor duque, y reténgalo en la memoria. Yo tengo la profunda convicción de que V. puede salvar á mi hija y que Octavio puede salvarla también demostrando un poco de carácter para rechazar las exigencias de su padre; si mi hija muere, entonces que Dios tenga piedad de todos.

(Continuará)

LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

Leyenda

POR DON CECILIO NAVARRÓ

I

Corría el año XX de la egira, principio de una edad de oro fuera de la cultura antigua, y de otra edad de hierro dentro de nuestra era, que llevaba ya corridos 640 años de gracia.

Continuando la propaganda armada, ó sea la guerra santa iniciada por Mahoma y seguida por Abu-Beker con tanta fortuna como audacia, Omar Almumenin, *la Espada del Profeta y la Columna del Coran*, había enviado á los cuatro vientos sus guerreros, hijos del desierto, los cuales, tan llenos de valor por su fe, como de fe por las promesas de la ley, esperaban conquistar toda la tierra triunfando, ó todo el cielo muriendo por su causa.

Y eran dignos caudillos de tan intrépidos como fanáticos soldados Abu-Obeidah, Kaled, Sahad y Amrú, *el hijo del rayo*, como lo llamaban á gritos los suyos vencedores, el hijo de mil padres, porque no tenía ninguno conocido, como en voz baja lo llamaban los vencidos.

Conquistada en breve tiempo la Siria, en cuya empresa había hecho poco Amrú para lo que en su afán guerrero deseaba, y queriendo ir sin sujeción á ajenos planes hasta donde su ambición ó codicia lo llevara, hubo de desplegar un día de súbito la enroscada sierpe de su ejército camino de Egipto y fué aisladamente á medir sus pocas, pero fuertes armas, con las innúmeras del emperador Heraclio, que extendía su brazo y su opresión hasta la tierra madre del sagrado Nilo.

«Si no has salido aún de Siria, al recibir estas mis letras, no pises, leon del desierto, no pises tierra de Egipto, le escribía Omar entre temeroso y confiado. Pero si la has pisado ya, añadia, sigue adelante, que si Heraclio es Heraclio, Alah es Alah, y yo Omar y tú el leon del desierto.»

Amrú, que ya sospechaba el contexto de las letras del Emir, recibidas dentro de Siria aún, aplazó su lectura hasta pisar tierra de Egipto, y pudo así continuar su marcha sin visos de desobediencia. Y luego, atravesando con increíble rapidez todo el país que media entre el Arrich y Ménfis, muy pronto se halló á la vista de la ciudad codiciada.

Era la ciudad de Alejandro.

Mas bien que el caudillo árabe extremara sus esfuerzos, y bien que no acudiera Heraclio á su puesto de honor militar y político, y que no estuvieran de parte de éste los coftos, que eran media población, no pudo Amrú entrar tan pronto como él quisiera en la ciudad cercada.

Pero lo que está escrito, escrito está, como él decía, sin descansar por eso en su fatalismo; y después de catorce meses de laborioso y porfiado cerco, lo que había de ser fué.

Aleandría está ya sujeta á la media luna bajo la cimitarra y bajo el Coran. El árabe Amrú, medio desnudo y descalzo, se asienta bajo el dosel de los cultos y letrados Tolomeos, y turmas y kábilas de

bárbaros, descalzos y casi desnudos también, pero bien armados, profanan á pié y á caballo el último asilo de las letras griegas.

Con todo eso, la población de Alejandría no está consternada sino á medias. El estado de Egipto, bajo el yugo del imperio, hacia necesario y fatal este hecho histórico. En esta region coexistian, sin fundirse ni confundirse nunca, dos poblaciones diversas y aún contrarias: los griegos y los coftos, los imperiales y los egipcianos, egipcianos ó *gitanos*. A los primeros correspondian de derecho todas las funciones, todos los honores y honorarios oficiales; á los segundos pertenecian de hecho todos los vejámenes, todas las servidumbres, las exacciones todas de la opresión y de la fuerza.

Las ideas religiosas estaban también separadas por la misma línea divisoria. Los imperiales eran católicos ó herejes, según soplaban los vientos de Bizancio; mientras los coftos, por espíritu de oposición ó antipatía, eran herejes ó católicos, siguiendo la contraria, en pugna siempre con la creencia oficial ú opinión reinante.

Ni había que exceptuar al clero, que alto y bajo entraba en esta pugna, no ya siguiendo, sino iniciando el movimiento.

En esta hostilidad, creciente siempre, si los unos habían llegado al extremo de la opresión, los otros habían agotado su paciencia y sólo faltaba ocasión para el rompimiento.

Las armas de Amrú trajeron esta ocasión; y hé aquí porqué atravesó el Egipto sin obstáculo, si bien lo encontró ya á las puertas de la metrópoli, donde las armas de Heraclio mantenian la resistencia con el apoyo de los griegos, teniendo á raya á los coftos.

Desvanecidas las esperanzas de auxilio por parte del imperio, los más comprometidos hubieron de ponerse á buen recaudo huyendo del vencedor; y ahora, siguiendo una oposición fatal, los griegos que no habían huido estaban pesarosos, mientras los coftos, que no temian más á Omar que á Heraclio, ni pesarosos ni alegres, estaban casi indiferentes.

Había hombres en las calles, pero no había movimiento, ruido, animación. Y es que los hombres no eran muchos, y griegas y coftas, las mujeres todas con sus niños estaban en sus casas; no en las puertas casi cerradas, sino en las ventanas entreabiertas.

II

Habían pasado algunos días y era la apacible hora de la siesta.

Amrú no dormía sino de noche, poco y con un ojo no más, por decirlo así; pero consagraba la hora apacible y serena á la plática amistosa, á los asuntos ligeros, dejando los graves ó importantes para antes ó después.

Y ahora departía con sus íntimos.

Entre tanto, un anciano de venerable y simpática presencia, calvo, de blanca y larga barba, macerado por la disciplina del estudio y de la virtud también, abatido no tanto por el peso de los años como por la pesadumbre de algun grave temor, y descubierto de cabeza, pero cubierto desde los hombros hasta los pies con amplio y negro manto, salía á paso reposado del *Serapion* y enderezaba hácia el *Bruchion*, acompañado, ó mejor dicho, precedido de otros dos ni ancianos ni mozos, pero casi respetables, menos por sus luengas barbas que por su gravedad rígida y dogmática, y si no casi desnudos, descalzos, sí, de pié y pierna al uso de su país, que no era ciertamente el del primero.

Ni una palabra de ninguno de los tres vino á turbar el silencio de la asombrada ciudad, turbado y aún perturbado á veces por los gritos y relinchos de los hombres y caballos del desierto.

Paso á paso y mudos por su parte, llegaron los tres hombres misteriosos al palacio de los reyes (sin reyes, ni majestad, ni decoro, ni alegría) y dejáronlos pasar, por contraseña entendida, los soldados de la guardia, resollando como tigres, mirando como panteras y sentados los más ó enroscados, por decirlo así, como serpientes.

Y pasaron hasta una gran estancia, donde se detuvo el uno por indicación de los otros, que aún pasaron más adentro á través de un pabellon de damasco corrido ante una puerta.

Después de un largo espacio, plegándose otra vez el pabellon entre las manos de muchos, fueron saliendo á la primera estancia hasta diez ó doce hombres.

Uno de ellos se distinguía entre todos. Alto, huesoso, de frente deprimida, de ojos negros y vivos, de nariz aguileña, de pómulos salientes, de barba lampiña, de labios delgados y disyuntos en manera que dejaban ver todos sus dientes, largos, blanquísimos de suyo, pero muy más sobre un fondo tan

oscuro, curtido, amojamado, venía á ser un tipo de raza árabe, no pura, como quiera que había sido engendrado en las entrañas de una mujer, que no sería muy buena, cuando se llamaba en Medina, su patria, á voz de todos, la *Kaba*, ó mujer mala.

Era el caudillo vencedor, medio desnudo como sus soldados, y sin más insignias jerárquicas que lo más abigarrado de la poca tela con que más bien adornaba que cubría su desnudez. La base ó armazón de su turbante era una honda de guerra al rededor de su cabeza; pero en familia, despojábase de la toca y se quedaba solamente con la honda.

Era el leon del desierto.... era Amrú.

Otro se distinguía también por su tipo alejandrino y togado; pero todos los rasgos de éste y de los demás se borraban ante los acentuados y salientes del personaje descrito.

Amrú, mirando al anciano, llevó la mano derecha á la boca, luego á la frente, después al sétimo cielo ó paraíso (hoy perdido) y le hizo la zalema, especie de cortesía muy más humilde que la reverencia, transmitida á los moros de España y continuada hasta hoy entre los de Marruecos en el ceremonial de los actos oficiales.

El anciano le devolvió la reverencia simplemente ó sin los otros ademanes, porque no era mahometano.

—¿Quién eres? le preguntó luego Amrú en su propia lengua, sentándose en un cojín y autorizando para hacer lo mismo á los demás de su séquito.

—Soy el bibliófilo Miguel, contestó modestamente el anciano, en árabe también.

—O el amante de libros, terció diciendo en són de comentario una voz bastante flaca.

—¿Cómo no has venido antes? volvió á preguntar Amrú.

—Porque antes no me has llamado tú, y sin ser llamado, temí que ante el hombre de guerra, fuera inoportuno el bibliófilo, que es siempre hombre de paz.

—¿Eres tú el de los libros?

—Sí.

—¿Cómo no has entregado los que en mi nombre te pidieron?

—¡Oh! Aunque el más modesto de nuestra corporación, he asumido íntegra la responsabilidad del gran tesoro que guardo por ausencia de mis colegas, que huyeron con los imperiales para sustraerse al peligro de tus armas vencedoras. Y por mi conciencia y por mi honor, no debo entregar á Juan ni á Pedro bienes del estado sin orden escrita del jefe del estado.

—¿Quién es el jefe del estado?

—Nadie ¡oh vencedor! nadie puede negar que es Amrú en representación de Omar.

—Alah lo quiso así.

—¡Loado sea Alah! exclamaron á la vez los demás árabes.

—¿Y qué tesoro es ese de que hablabas? preguntó el codicioso Amrú entrando en interés.

—¡Oh! la biblioteca, contestó Miguel con énfasis.

—¿Qué biblioteca?

—*Biblos, liber*, libro, y *theke, repostorium*, alhacena, lugar en que se guarda alguna cosa, saltó diciendo el erudito á quien nadie preguntaba, en griego, en latín y en árabe.

—No, no es eso, Juan, dijo el anciano con desden.

Y luego, sin dirigirse á nadie, añadió solemnemente:

—Biblioteca es el *Sancta Sanctorum* del templo de la inmortalidad, porque en ella viven los muertos ilustres que nos dejaron escrito su pensamiento: el pensamiento es el alma del hombre y el alma es inmortal.

—¿Y dónde pones la espada del vencedor? preguntó el caudillo.

Hubo una pausa de silencio.

Luego contestó Miguel:

—En el mismo templo; pero no en el santuario del templo.

—¿Y porqué no?

—Porque en él no cabe más que el libro.

—¿Y porqué no sobre el libro?

—Porque debe estar debajo.

—Si el libro es el Coran, dijeron á la vez Tharik y Hazen, los dos muftíes que habían acompañado á Miguel.

—No excluyo el Coran, contestó el anciano.

—Pero en primer lugar, ya que no se excluyan todos ante el libro de los libros.

Miguel movió la cabeza en expresión negativa.

—¡Cómo! exclamaron los ulemas con escándalo. Pues ¡hay, ni puede haber jamás libro superior ni igual al que escribió el Profeta bajo la inspiración de Gabriel, infalible mensajero de Alah!

Miguel no se atrevió á pronunciar la afirmación categórica; pero meneó otra vez la cabeza, ahora en expresión afirmativa.

El escándalo subió de punto en todos los islamitas, ménos en Amrú, el cual habiendo sido al principio enemigo de Mahoma y combatido burlescamente su doctrina, no tenia aún convicciones muy profundas en la materia, por más que hubiera abrazado al fin tan santa causa.

—¿Y cuál es ese libro? preguntaron los dos doctores de la ley, siempre á la vez como si fueran uno solo.

Miguel miró tímidamente al vencedor y sorprendiendo en la expresion de su rostro cierta complacencia, aunque vaguísima, incoercible, digámoslo así, como un flúido, se sintió con valor para contestar á la pregunta.

—No es uno solo, dijo.

—¡No es uno solo!

—No, son muchos.

—¡Muchos!

—Sí.

—Y ¿cuáles son, cuáles?

El anciano cerró entónces los ojos y abriendo á la vez la boca, dejó salir por ella, corriente y sonoro, este raudal divino:

—Sócrates, Platon, Aristóteles, los Sénecas, los Plinius, Tales, Solon, Bias, Pítaco, Cleobulo, Periandro, Aulo Gelio, Quintiliano, Longino, Quinto Curcio, Demóstenes, Tulio, Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Salustio, Livio, Tácito; y Homero, Virgilio, Píndaro, Horacio, Sófocles, Eurípides, Aristófano, Menandro, Plauto, Terencio, Esopo....

Ni hubiera concluido tan pronto esta sarta de perlas, que trazas llevaba de ser todo un índice, á no haberla cortado, llenos de santa indignacion, los dos muftís, los cuales tras mil protestas y abrenuncios, se levantaron diciendo:

—Con llevar nombre cristiano, ni siquiera pone en su boca, lecho de ese impuro rio de paganismo, á Moisés ni á Jesús, profetas, como el divino Mahoma, aunque inferiores.

—No puedo hablar de religion con vosotros.

—Pero tú ¿qué eres?

—Bibliófilo, contestó Miguel evasivamente.

—Es un blasfemo!

—¡Un renegado!

—¡Todo el fuego del infierno sobre él!

—¡Sobre él la maldicion de Eblis apedreado!

Y esto diciendo y sin hacer cosa de zalema ni al mismo Amrú, se salieron de la estancia, llenos de santa indignacion.

Medió un largo espacio de pavoroso silencio, durante el cual pudo observar Miguel que habia desaparecido del rostro del caudillo la complacencia, el flúido de complacencia que ántes lo bañara.

Y temió.

Pero alguien temia más que él y aún temblaba: Juan el gramático.

Luégo dijo Amrú:

—¿Sabes, griego, que has puesto en peligro tu vida?

—¡Oh, illustre vencedor, digno representante de Omar! exclamó Miguel con imperceptible ironía. Me entrego á tu generosidad y clemencia.

—¿No sabes que no hay más Dios que Alah y que Mahoma es su profeta?

Miguel se tranquilizó.

(Continuará)

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Se tienen ya detalles definitivos y fidedignos de la matanza del doctor Creveaux y sus compañeros por los indios tobas, durante la exploracion del rio Pilcomayo y sus afluentes emprendida por el animoso doctor.

Este salió de la mision de San Francisco á las 9 de la mañana del 19 de abril, dando principio á su navegacion por dicho rio. Aquel mismo dia llegaba á Irua, donde tuvo su primer encuentro con los indios á los cuales hizo algunos regalos. La mision continuó el dia 20 su viaje, y tomó un indígena llamado Calluis para que le sirviera de guía hasta Teyo, en cuyo punto los indios se presentaron ya en mayor número, siendo casi todos tobas y chiriguanos. Recibieron á los viajeros con amistosas demostraciones y se brindaron á acompañarlos hasta Caballo-Repoli.

Aquí empieza á mostrarse, con todas sus fatales consecuencias, la malhadada confianza del doctor Creveaux. Mientras él y sus compañeros descansaban, los indios se confabularon y resolvieron matar á los viajeros. Avisado el doctor Creveaux de esta determinacion por el indio que le habia servido de guía hasta Teyo, no quiso dar crédito á sus palabras, contentándose con responder que habia ido allí con buenas intenciones y que los tobas no podían atentar contra su vida, puesto que sólo les habia hecho bien.

Los tobas aplazaron la ejecucion de su proyecto y acompañaron á los confiados viajeros hasta Caballo-Repoli,



PEQUEÑA MENDIGA, estatua en yeso por Felice Villani

poli, con grandes protestas de amistad, y cuando la mision llegó allí en sus lanchas encontró un crecido número de salvajes reunidos al parecer en aquel punto con objeto de festejar á los exploradores. El doctor Creveaux saltó á tierra á instancias de los indios, y como éstos le rogasen que dejase sus armas en las embarcaciones so pretexto de que ellos estaban desarmados, el desgraciado doctor mandó á sus compañeros que pasasen á la orilla sin sus fusiles.

Apénas estuvieron en tierra, los exploradores se vieron rodeados de salvajes que les ofrecian víveres con vivas muestras de alegría. Cuando los viajeros se preparaban á comerlos, muy satisfechos de las buenas disposiciones de los indios, cayeron éstos furiosamente sobre ellos y los asesinaron á todos. Terminada la matanza, los salvajes corrieron á asaltar las lanchas, haciendo prisionero en ellas á un misionero llamado Ceballos, así como el cocinero. El prefecto de Tarija ha anunciado posteriormente que Ceballos ha sido restituído á su convento.

Actualmente no queda en poder de los indios más que un tal Blanco, argentino, aprisionado tambien por los indios cuando se apoderaron de las embarcaciones; Romero Rodriguez, boliviano, y Ernesto Hansat, marino francés, que formaban tambien parte de la expedicion, lograron huir en el momento de la matanza, y emprendieron la direccion Norte, hasta Ituyuro. Los indios los persiguieron sin resultado, y casi se tiene la certeza de que han conseguido salvarse. Un indio *lenguaraz*, ó intérprete que acompañaba á la mision, ha podido asimismo librarse de la muerte.

El gobierno argentino ha enviado una expedicion en busca de los restos de las victimas. El periódico *El Trabajo*, de Tarija, indica con exactitud el sitio de la matanza. Teyo forma parte de un pequeño territorio perteneciente á la tribu de los tobas y situado en la orilla izquierda del Pilcomayo, á los 22° 23' latitud Sur y 63° 20' longitud Oeste de Paris.

**

El rey de Italia ha firmado el decreto en el que conigna la poblacion de derecho de la monarquia italiana, con arreglo á los resultados del censo del 31 de diciembre de 1881. La poblacion de derecho, que comprende los individuos ausentes, asciende á 28.952,512. La de hecho es de 28.459,711.

CRONICA CIENTIFICA

LA INMORTALIDAD DEL SOL

III Y ÚLTIMO

La primera parte del problema quedaba resuelta en nuestro artículo precedente. El sol navega por el espacio, decíamos, y el espacio es piélago infinito generosamente abastecido de hidrógeno, oxígeno y carbono, ya libres, ya formando vapor de agua, hidro-carburos ú óxidos de carbono; de suerte, que es, ni más ni ménos, que si una locomotora viajase por desmontes de carbon

de piedra. ¿Se acaba el combustible? pues al paso se encuentra y el fuego del hogar es inagotable.

Así el sol va tomando de las regiones estelares las materias necesarias para alimentar su calor y su luz, y como el espacio es infinito y por todo él se extiende esa sutil atmósfera, resulta con toda evidencia que jamás puede faltarle provision, ni se apagará nunca, ni nunca la noche envolverá con su negro manto el luminoso globo.

Pero nos falta un punto que tratar, y una parte del problema que resolver.

La materia para la combustion existe, todo el espacio está lleno; pero ¿cómo se recoge? ¿cómo se lleva á la superficie solar? ¿cómo de ella se arrojan los productos de la combustion para que la masa solar no aumente, ni se turbe el concierto planetario?

En una palabra; tenemos medios de alimentacion, pero ¿cuál es el régimen de esta alimentacion? ¿qué fuerzas, qué séres, qué benéficas potencias se encargan del trasporte, estimulan la combustion y arrojan los sobrantes, lo que pudiéramos llamar el humo solar?

Esto en el ejemplo de la locomotora, que há poco indicamos, es por todo extremo fácil.

¿Se necesita combustible? pues la locomotora se detiene: bajan el maquinista y el fogonero, se acercan con picos y palas á una de las laderas del desmonte, arrancan unos cuantos pedazos de carbon, vuelven con ellos, los arrojan en el hogar y la locomotora sigue, y por la chimenea se va el humo á la atmósfera. Y adelante por el desmonte hasta que falte más carbon, que el almacén no se agota ni se acaba el oxígeno del aire.

Pero ¿cuál es el maquinista del sol? ¿qué picos se clavan en la sutil atmósfera de los espacios planetarios? ¿cómo se trasportan los bloques gaseosos de las masas celestes al mar de fuego del rojizo astro? ¿dónde está la gigantesca chimenea del inmenso hogar? ¿por dónde va el negro penacho?

Pues allí está todo lo que echamos de ménos, segun el insigne físico, autor de la nueva teoria: el invisible maquinista, las sutiles herramientas, los bloques de combustible, el trasporte de sus masas, la fantástica chimenea, y el humo que sale á borbotones. Sólo que las cosas

suceden en la naturaleza, en el fondo de los fenómenos, siempre del mismo modo, por muy diversas maneras, segun las circunstancias, y nosotros, pobres séres, esclavos de la rutina, desconocemos la unidad admirable de las leyes, cuando cambian sus apariencias y sus formas. Creemos que sólo se puede llevar un objeto de una parte á otra asiéndolo con manos humanas; que no pueden desmontarse montañas sin palas, picos y dinamita; que no hay sensibilidad sin filetes nerviosos, ni pensamiento sin cerebro. ¿Qué sabemos de todo esto? ¿ni á qué aventuras negaciones absolutas por experiencias contingentes?

Pero volvamos á nuestro objeto, es decir, á la inmortalidad de nuestro sol.

Su masa colosal es como un iman esférico y atrae cuanto á su alrededor se extiende, lo mismo las masas de los planetas, que esos átomos de oxígeno, de hidrógeno y de carbono que llenan el espacio: tendremos, pues, constantemente, precipitándose hácia toda la redondez del astro los mencionados gases. Y hé aquí cómo se verifica el trasporte del combustible al hogar: la atraccion del sol es la potencia que realiza esta primera parte de la faena, como su calor radiante, segun explicábamos en nuestro precedente artículo, fué el que descompuso en los espacios planetarios el vapor de agua, los hidro-carburos y los óxidos de carbono. Si la comparacion en que venimos apoyándonos sirviera, diríamos aún, que el calor radiante del sol, el que ántes se creia perdido para siempre en la inmensidad, es el que separa y destaca de la masa gaseosa los elementos de la combustion, el oxígeno, el carbono y el hidrógeno, como la palanca de hierro y la pala del maquinista arrancaron del fantástico desmonte, verdadera mina al descubierto, los bloques del carbon.

Y ya tenemos realizadas las dos primeras operaciones.

1.^a Extraccion y preparacion de los materiales por medio del calor radiante, el cual verifica en el espacio un trabajo previo de disociacion, sin contar con que podrán utilizarse con los elementos disociados todo el hidrógeno, todo el carbono y todo el oxígeno que ya existieran previamente en estado de libertad, como del desmonte podrían recogerse los bloques ya desprendidos.

2.^a Trasporte al sol de los tres elementos mencionados, ora sean productos de la disociacion, ora existiesen de antemano libres; trasporte verificado, decimos, por la fuerza atractiva de la masa solar, en forma de corrientes que van de lo exterior hácia la superficie del astro y se condensan sobre todas las regiones de su redondez.

Ya tenemos formando parte de la atmósfera solar al oxígeno, al hidrógeno y al carbono; pero la presion es enorme, y si libres llegaron al sol los átomos de estos tres cuerpos, las condiciones de su equilibrio químico serán esencialmente distintas de aquellas en que se hallaban en el espacio interestelar. Cuando la presion es débil la disociacion es fácil; presiones enormes aproximan por el contrario unas sustancias á otras y favorecen, dicho sea en términos generales, su combinacion. Sin

penetrar en este problema, que es más complejo de lo que parece, podemos por hoy decir, que aproximando el sol, al llamar hácia sí á los tres cuerpos mencionados, unos átomos á otros, provoca su combinación, y que al fin resultarán vapor de agua, al combinarse el oxígeno con el hidrógeno; hidro-carburos diversos al unirse el hidrógeno con el carbono, y carbono más ó ménos oxigenado por la reunion de estos dos cuerpos.

Y ahora refresquemos nuestras memorias, y repitamos lo dicho en nuestros precedentes artículos. Un cuerpo que se eleva á lo alto de una torre, y que allí espera momento oportuno para caer, es una *energía potencial, un traba-*

jo motor almacenado, y al descender desde su altura, *desvolverá* todo el trabajo que hubo de consumirse en su elevacion. Pues de igual suerte cada átomo de oxígeno y cada átomo de hidrógeno que el calor radiante separó en el espacio, al disociar los elementos del vapor de agua, son como la tierra y el peso separados por toda la altura de la torre, y cada par de átomos, los de hidrógeno y carbono, los de oxígeno é hidrógeno, los de carbono y oxígeno, con su distancia intermedia, torre invisible que los separa, constituyen un enorme depósito de energías latentes. Al sol llegan, con su atmósfera se confunden, la enorme presión solar reciben, y al fin se precipitan

unos sobre otros dichos átomos, devolviendo al sol en el calor desarrollado por sus múltiples choques, otro tanto del que las radiaciones solares emplearon en disociarlos; calor que creímos perdido, y que por este admirable mecanismo vuelve á la masa solar y conserva en ella la luz, el calor y la fuerza.

Y ya tenemos resuelta otra parte del problema: la combustion dentro del astro de los elementos que vinieron á conservar su energía y á reparar sus pérdidas; mejor dicho, la combinación de tales elementos dos á dos, porque volverán á formarse vapor de agua, hidro-carburos y óxido de carbono, y la compensacion entre



LA MADEJA SE ENREDA, copia de un cuadro de A. Moradei

la energía solar que los rayos del astro se llevaron, y la que vuelve á la enorme masa bajo forma de energía química potencial, será perfecta y acabada.

Nos queda, para recorrer todos los términos del problema, el último y el más difícil y ménos estudiado á nuestro juicio.

¿Cómo el sol, para conservar invariable su masa, é invariable también el equilibrio del sistema planetario, expulsa los residuos de todas las combinaciones indicadas, residuos que llamamos, por darles algún nombre gráfico, *el humo solar*?

Segun M. Siemens, por virtud de su rápido movimiento de rotacion y de la fuerza centrífuga que resulta: veamos cómo.

La cantidad relativa de átomos de oxígeno, hidrógeno y carbono que se acumulen en los dos polos del sol, debe ser, segun la nueva teoría, superior, muy superior á la que se condense en el ecuador solar; porque en éste la fuerza atractiva está contrabalaceada por la fuerza centrífuga que es considerable, al paso que esta última en las regiones polares ó es nula ó es mínima. Pero el equilibrio atmosférico del sol no puede subsistir con semejante distribución de la nueva materia, de donde resulta que el exceso de gases de ambos polos bajará por toda la superficie solar hácia la zona del ecuador, en la que,

recogido por la fuerza centrífuga, será expulsado del astro, volviendo á los espacios interplanetarios. En resumen; el sol hace oficios de un enorme ventilador: recoge atmósfera planetaria por ambos polos como por dos tubos de succión, y la arroja por la línea ecuatorial despues de haber recogido toda la energía que en potencia trajeron los átomos disociados, es decir, libres de oxígeno, hidrógeno y carbono. Excusando críticas y omitiendo objeciones, resumamos todo el ciclo del fenómeno.

1.º El calor solar irradia todo alrededor del astro y parece perdido para siempre en las profundidades de lo infinito; pero los hidro-carburos, el vapor de agua, el óxido de carbono, etc., de los espacios planetarios, detienen estas radiaciones y transforman su vibracion, ó sea su fuerza viva, que es luz y calor, en energía potencial, descomponiendo aquellas sustancias.

2.º La masa del gigantesco astro absorbe los cuerpos disociados, principalmente por las regiones polares, los condensa, los oprime, los somete á enormes presiones y provoca su combinación. De esta combinación resulta un desprendimiento de calor, y en él encuentra su elemento de vida la energía solar.

3.º La fuerza centrífuga del ecuador llama á sí el exceso de atmósfera de los polos y expulsa los productos

de la combustion. Eran vapor de agua, hidro-carburos, óxidos de carbono en el espacio: la radiacion solar consumiendo su calor los convirtió en oxígeno, carbono, hidrógeno, elementos libres: en el sol, cuando á él llegaron, volvieron á sus primitivas combinaciones, devolviendo la energía empleada en descomponerlos; y bajo su primitiva forma, como vapor de agua, como hidro-carburos, como óxidos de carbono, volverán á la atmósfera planetaria.

El ciclo queda cerrado, vuelven las cosas á su estado primitivo, el sol ha conservado su calor, y su inmortalidad está asegurada, porque la compensacion entre sus pérdidas y sus ganancias es perfecta y matemática.

No tan perfecta ni tan matemática, sin embargo, como pudiera creerse; pero aquí debemos terminar y es imposible que entremos en nuevas explicaciones, pues no las consentiría la índole de este artículo. Contentémonos con haber prolongado por muchos miles de siglos la vida del soberano astro, y limitemos la sed inextinguible de lo eterno y de lo absoluto que nos devora, á las condiciones que la realidad impone á cuanto existe en esta nuestra vida humana.

JOSÉ ECHEGARAY

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON